

sin fin. Volví á casa, lo conté, nos reímos, y mi madre sacó en consecuencia que aquella debía ser una plaga de todos los países. «No, le dije; en los países del Norte no debe suceder eso.» «Ya lo verás y me darás noticias,» respondió mi madre. Voy á París, y á la primera ama de casa que conozco, le pregunto: «¿Las criadas son aquí como en Italia y en España, el eterno tormento de sus amas?» «¡Ah! *mon cher monsieur*,» contestó juntando las manos y alzando los ojos al cielo: «*ne me parlez par de ça.*» Y siguió la historia de ordenanza. Se lo escribí á mi madre y contestó: «Veremos en Lóndres.» Voy á Lóndres, trabo conversacion con una señora inglesa á bordo del barco que me lleva á Amberes, y á las pocas palabras, despues de explicarle antes el motivo de mi curiosidad, le hago la acostumbrada pregunta.—Ella volvió la cabeza á otro lado, llevó una mano á la frente, y respondió recalcando las palabras: «Son el *flagellum Dei.*» Escribo á casa dándome por vencido, pero añadiendo que aún espero en Holanda, país tranquilo, donde las casas están tan ordenadas y limpias, y es la vida doméstica tan dulce; y mi madre me contesta que «tambien tiende á exceptuar favorablemente á Holanda.» Pero siempre nos quedaba alguna duda, yo tenia curiosidad y ella esperaba noticias; por eso hice tal pregunta á mi cortés guia de Delft. Cualquiera puede figurarse con qué impaciencia esperaba la respuesta.

«Señor mio—respondió el holandés despues de un momento de reflexion—le contestaré tan solo que en Holanda tenemos un refran que dice que las criadas son las cruces de la vida.»

Se me cayó el alma á los piés.

«Ante todo—continuó—por poco grande que sea la casa, hay que tener dos, una para la cocina y otra para la limpieza, siendo casi imposible, con la manía que tienen de lavar hasta el aire, que una sola haga las dos cosas. Luego todas están rabiosas de libertad; quieren estar fuera hasta las diez de la noche, y tener un dia entero libre de vez en cuando. Hay que tolerar tambien que el novio ú otra persona venga á buscarlas á casa, que bailen por la calle y que hagan diabluras en las fiestas de las Kermess. Además, cuando se despiden, hay que esperar que se vayan cuando les parezca, y algunas veces hacen esperar meses enteros. Encima, tienen una soldada de noventa á cien florines cada año. Sobre la soldada, un tanto por ciento de todos los pagos que hace el amo; propinas de rigor de todos los amigos convidados; regalos extraordinarios de dinero y de ropas, y sobre todo y siempre, paciencia, paciencia, paciencia.»

Ya sabia bastante para hablar ex-cátedra con mi madre, y llevé la conversacion á otro asunto ménos desconsolador.

Al pasar por una calle apartada, ví á una señora que se acercó á una puerta, leyó en un peda-

zo de papel sujeto á ella, hizo un gesto de dolor, y se marchó. Al poco rato, otra que pasaba se detuvo, leyó y siguió adelante. Pedí una explicación de aquello á mi compañero, que me dió á conocer una costumbre bastante curiosa de los holandeses. En aquel trocito de papel estaba escrito que el enfermo Fulano de Tal estaba peor. En muchas ciudades de Holanda, cuando uno enferma, la familia fija todos los días á la puerta el boletín sanitario, para que los amigos y conocidos no tengan que entrar en casa á pedir noticias. Esta especie de anuncios se usan también en otras ocasiones. En ciertas ciudades se anuncia el nacimiento de un niño colgando á la puerta una bola con una faja de seda encarnada y encaje, cuyo nombre en holandés significa: prueba de nacimiento. Si es una niña, se pone encima un trozo de papel blanco; si son gemelos, el encaje es doble; y durante algunos días después del nacimiento, se pone también un aviso que dice: «El niño y la parida están bien, han pasado buena noche;» ó lo contrario, según el caso. En otro tiempo, cuando sobre una puerta había un aviso de nacimiento, los acreedores de la familia no podían llamar á la puerta por espacio de nueve días; pero creo que esto ha caído en desuso, por más que tuviese la benéfica virtud de promover el aumento de la población.

En aquel breve paseo por las calles de Delft, encontré también ciertas figuras fúnebres que ya

había visto en Rotterdam, sin saber si eran curas, magistrados ó enterradores, porque su vestuario y su apariencia tenían algo de las tres cosas. Llevaban sombreros de tres candiles, con un velo negro que caía á los lados, casaca negra de cola de pájaro, calzón negro y corto, medias negras, zapatos de hebilla, capa negra, corbata y guantes blancos y papeles orlados de negro en la mano. Mi compañero me explicó que se llamaban con un nombre holandés intraducible, *aansprekers*, y que su oficio era llevar el anuncio de las muertes á los parientes y amigos del difunto y dar el anuncio por las calles. Su trage varía en algún detalle según las provincias y según sean católicos ó protestantes. En algunas ciudades llevan un enorme sombrero á lo Don Basilio. Van, por lo general, muy limpios, y algunas veces vestidos y peinados con un atildamiento que contrasta irreverentemente con su carácter de empleados de la muerte, ó como los definió un viajero, de esquelas mortuorias vivientes.

Vimos á uno plantado frente á una casa. Mi compañero me hizo notar que las ventanas de aquella casa tenían las maderas entornadas y me dijo que debía haber muerto alguien. Le pregunté quién. «No lo sé—me contestó—pero á juzgar por las maderas no debe ser pariente muy próximo del dueño de la casa.» Pareciéndome algo extraño su razonamiento, me explicó que en Holanda, cuan-

do muere alguno de una familia, se cierran las ventanas con uno, dos ó tres de los batientes móviles de madera, segun es más ó menos estrecho el parentesco. Cada batiente denota un grado. Por el padre ó la madre se cierran todos, ménos uno; por un primo uno solo; por un hermano dos, y así sucesivamente. Costumbre es, segun de creer, muy antigua, y que aún dura porque en aquel país no se deja nada por capricho, y se cambia tan solo lo que importa sériamente cambiar, y despues de persuadirse de que se muda para mejorar.

Hubiera querido ver, en Delft, la casa del pintor Steen, donde tuvo la cervecería y tomó probablemente aquellas famosas chispas que fueron objeto de tantas cuestiones entre sus biógrafos; pero mi huésped me dijo que no habia memoria de ella. Pero, á propósito de pintores, me dió la grata noticia de que me encontraba en aquella parte de Holanda comprendida entre Delft, El Haya, el mar, la ciudad de Alkmar, el golfo de Amsterdam y el antiguo lago de Harlem, que podría llamarse con propiedad la pátria de la pintura holandesa, no solo por haber nacido en ella los mejores pintores, sino tambien porque ofreciendo aspectos singularmente pintorescos, la amaron y la estudiaron con predileccion. Estaba propiamente en el seno de Holanda y al partir de Delft iba á penetrar en su corazon.

Antes de ausentarme, ví de prisa el arsenal

militar que ocupa un gran edificio, que habia sido antes almacén de la Compañía de las Indias, y se comunica con un taller de artillería y un gran polvorin situado fuera de la ciudad. Tambien está en Delft la gran escuela politécnica de ingenieros, la verdadera escuela de guerra de Holanda, de donde salen los oficiales del ejército de defensa contra el mar, y estos jóvenes guerreros de los diques y de las cataratas, que son cerca de trescientos, son los que dan vida á la tranquila ciudad de Grocio. Mientras entraba en la embarcación que habia de conducirme á El Haya, mi holandés me describia la última fiesta quinquenal celebrada en Delft por los estudiantes; una de aquellas fiestas propias de Holanda, especie de mascaradas históricas, que son como un reflejo de la pasada grandeza y sirven para mantener viva en el pueblo la tradicion de los personajes y de los acontecimientos ilustres de otro tiempo. Una gran cabalgata representaba la entrada en Arnhem, en 1492, de Carlos de Egmont, duque de Güeldres y conde de Zuften; de aquella familia de Egmont, que proporcionó con el noble y desventurado conde Lamoral la primera gran víctima de la libertad holandesa á la segur del duque de Alba. Doscientos estudiantes á caballo, con ricos arneses, con armaduras y cotas doradas y blasonadas, agitando con orgullo sus grandes penachos y sus grandes espadas, formaban el séquito

del duque de Güeldres. Seguían los alabarderos, los arqueros y los lansquenets con los pomposos trages del siglo XV; sonaban las músicas; la ciudad resplandecía, y por las calles hormigueaba una multitud inmensa venida de todas partes de Holanda á gozar de aquella espléndida vision de una edad lejana.

EL HAYA.

La embarcacion estaba junto á un puente, en un pequeño remanso formado por el canal que vá de Delft á El Haya, y sombreado por los árboles de la orilla, como el lago de un jardín.

Las embarcaciones que llevan pasajeros de un pueblo á otro, se llaman en holandés *trekschuiten*.

El *trekschuit* es la embarcacion tradicional, emblema de Holanda, como lo es la góndola de Venecia. Esquirós la definió así: «el génio de la antigua Holanda flotando sobre las aguas.» En efecto; el que no ha viajado en *trekschuit* no conoce el aspecto más original y más poético de la vida holandesa.

Es una gran barca ocupada casi toda por un cajon, de la forma de una diligencia, dividido en dos departamentos: el de proa para la segunda clase, el de popa para la primera. En la proa vá clavado un mástil de hierro con una anilla, por la que pasa una larga cuerda, uno de cuyos cabos